

La plasticidad del lenguaje: entre filosofía y neurociencia

Isabel Passalacqua Olivera

Universidad Autónoma Ciudad Juárez

ORCID: 0000-0002-6817-1856

EN LOS ÚLTIMOS AÑOS, EL CONCEPTO DE PLASTICIDAD HA GANADO TERRENO en múltiples disciplinas. La neurociencia ha demostrado que el cerebro humano no es una estructura rígida, sino un órgano dinámico capaz de reorganizarse a lo largo de la vida. Esta plasticidad neuronal constituye una de las características más fascinantes del sistema nervioso. Sin embargo, esta noción no surge únicamente en los laboratorios; posee también una rica historia filosófica donde ha servido para pensar al ser humano como un ente inacabado, abierto a la transformación. Entre la ciencia del cerebro y la tradición filosófica, se ha tejido un diálogo que plantea una pregunta fundamental: ¿Cómo se relacionan el lenguaje, la conciencia y la capacidad de transformación?

Durante décadas se creyó que, tras la infancia, el cerebro quedaba prácticamente fijo y las lesiones neurológicas eran irreversibles. Investigaciones recientes han demostrado lo contrario: el cerebro adulto es capaz de aprender, regenerar conexiones, adaptarse a nuevos contextos e incluso reinventarse.

Nazareth Castellanos, una de las voces más relevantes en neurociencia actual, insiste en comprender el cerebro desde una perspectiva integral que incluya el cuerpo, la emoción y la experiencia. Para ella, estudiar la actividad cerebral debe abrirse a una comprensión más amplia del ser humano. Castellanos explora cómo prácticas como la respiración consciente, la postura corporal o la meditación pueden modificar estructuras cerebrales, afectando la atención, la memoria y las emociones. Estas transformaciones implican una reconfiguración profunda del modo en que habitamos el mundo.

El concepto de plasticidad tiene un recorrido filosófico que enriquece su sentido. Georg Wilhelm Friedrich Hegel lo empleó para describir el modo en que la autoconciencia se forma y transforma en su contacto con el mundo. En su *Feno-*

menología del espíritu, propone que el sujeto no es algo dado, sino el resultado de un proceso histórico de auto-constitución: nos hacemos a nosotros mismos a través del trabajo, el deseo, la lucha y el reconocimiento.

Este sentido filosófico ha sido retomado por Catherine Malabou, quien ha leído a Hegel a la luz de la neurociencia. En *El porvenir de Hegel*, la filósofa francesa plantea que el pensamiento hegeliano contiene ya una intuición de lo que hoy la ciencia confirma: somos seres plásticos, capaces de cambiar, adaptarnos, resistir y reinventarnos. Malabou va más allá: la plasticidad no es solo capacidad de recibir forma o modificarse, sino también de dar forma y, ocasionalmente, de romper. Esta "plasticidad destructiva" implica que no todo cambio es positivo; hay transformaciones que fracturan y desestabilizan la continuidad del yo.

Uno de los espacios donde esta doble transformación —biológica y simbólica— se vuelve evidente es el lenguaje. Hablar, escuchar, escribir o aprender una nueva lengua no son actos neutrales. Cada palabra pronunciada activa circuitos neuronales que se refuerzan con la repetición. Aprender nuevas formas de nombrar el mundo implica modificar patrones cerebrales y abrir nuevas posibilidades de pensamiento.

Pero el cerebro también es transformado por el lenguaje. Esta relación bidireccional es central en la propuesta de Malabou. Al hablar de plasticidad del lenguaje, no se refiere únicamente a su capacidad de cambiar a lo largo

del tiempo, sino a su poder de modelar la conciencia. El lenguaje moldea nuestras categorías, organiza la experiencia, configura lo que podemos pensar y sentir.

Desde esta perspectiva, el lenguaje no es simplemente un instrumento para comunicar pensamientos ya formados, sino una matriz de pensamiento en sí misma. La estructura de la lengua condiciona la manera en que percibimos y nos relacionamos con el mundo. Esta idea cobra nueva vida cuando se la pone en diálogo con la neuroplasticidad: nuestras redes neuronales se modifican con signos, metáforas y narrativas, además de los estímulos sensoriales.

El lenguaje forma parte de los procesos cognitivos que nos permiten interpretar tanto el mundo exterior como nuestras experiencias internas. En sus *Lecciones de estética*, Hegel sostiene que existe una mediación entre la percepción sensorial y el entorno, pero también entre esa percepción y nuestra realidad interior. Esta idea abre la puerta a una comprensión más amplia del lenguaje: no solo como herramienta descriptiva, sino como medio para expresar lo intangible, lo abstracto e incluso lo ficticio.

Desde la perspectiva hegeliana, el ser humano es un ser histórico. Cada individuo porta en su conciencia una memoria viva del conocimiento acumulado por la humanidad. El lenguaje es vehículo de esa historia. Aprender una lengua no implica solamente dominar su gramática, sino

también apropiarse de su dimensión semántica, cargada de sentido histórico y cultural. Así, el lenguaje se explica desde una estructura biológica e histórica: es el resultado de la interacción entre nuestra biología y la conciencia colectiva construida a lo largo del tiempo.

Hegel distingue entre el individuo "en sí", que posee una potencialidad, y el individuo "para sí", que ha adquirido conciencia de su ser. Del mismo modo, el lenguaje tiene una dimensión "en sí" —como sistema estructurado—, pero requiere de un proceso de concienciación para transformarse en lenguaje "para sí", es decir, en lenguaje vivido y comprendido.

Este proceso está estrechamente ligado a la plasticidad cerebral. Los estudios actuales han demostrado que las estructuras neuronales son maleables: aprenden, se reorganizan y evolucionan con la experiencia. Esta plasticidad permite que el lenguaje no únicamente se adquiera, sino que se transforme con nosotros.

En este marco, la semántica requiere más tiempo y madurez para ser asimilada que otras dimensiones como la sintaxis o la morfología. Esto se observa en el aprendizaje de lenguas extranjeras: mientras los niños pueden aprender dos idiomas simultáneamente, el desarrollo tiende a ser más lento comparado con quienes aprenden una sola lengua.

Uno de los aportes más importantes de esta convergencia entre filosofía y neurociencia es que rompe con

las dicotomías tradicionales: ya no se trata de oponer naturaleza y cultura, cerebro y lenguaje, cuerpo y mente. Se propone un modelo integrador donde las dimensiones biológicas, simbólicas y afectivas se entrelazan en un mismo proceso de subjetivación.

Hablar de la plasticidad del lenguaje no es una metáfora, sino una afirmación con implicaciones concretas: lo que decimos, cómo lo decimos, con qué palabras nos narramos, impacta directamente en la configuración de nuestras redes neuronales. A la vez, las experiencias vividas dejan huellas tanto en la memoria biológica como en el discurso.

Esta mirada exige una reformulación profunda de muchas prácticas educativas, terapéuticas y políticas. Si el lenguaje no solo expresa lo que somos, sino que participa activamente en nuestra formación, entonces no da lo mismo qué palabras usamos para nombrarnos, para hablar de otros, para imaginar el futuro.

En este contexto, la escucha adquiere un valor especial. Escuchar es más que una acción pasiva: es un acto que implica apertura, atención y disponibilidad. La plasticidad es una propiedad del cerebro, pero también una actitud existencial: estar dispuesto a dejarse afectar.

El lenguaje definido como forma de corporalidad, organismo vivo, debe ser distinguido de la noción saussuriana del lenguaje como estructura. Esto rompe la idea mecanicista del lenguaje. El lenguaje visto como un cuerpo que

todos hemos construido biológica e históricamente. Todo está integrado en el lenguaje de manera plástica: conocimientos, significados. Esta integración hace posible que podamos articularnos con el pasado, el presente y el futuro.

Lo que emerge de este cruce no es una síntesis definitiva, es una invitación a pensar de otro modo. A reconocer que el conocimiento del ser humano no puede reducirse a un solo enfoque, y que los saberes, cuando se encuentran, pueden iluminar zonas que antes permanecían en la sombra.

La plasticidad, entendida como capacidad de transformación recíproca entre lenguaje y cerebro, es una idea potente, cargada de implicaciones éticas, educativas, políticas y existenciales. Nos recuerda que estamos hechos

de palabras, pero también de impulsos eléctricos, de silencios, de gestos, de historias compartidas. Nos recuerda que no estamos terminados, que nos modificamos durante el transcurso de la vida, que podemos abrirnos a nuevas formas de ser con los otros.

Quizá una de las lecciones más importantes que nos ofrece esta convergencia es que transformarnos no es una excepción, sino una constante. Cada palabra nueva, cada conversación significativa, cada silencio compartido, tiene el poder de reconfigurar lo que somos. En un mundo que necesita urgentemente nuevas formas de cuidado, comprensión y comunidad, apostar por la plasticidad del lenguaje es también apostar por la posibilidad de una más profunda comprensión entre los seres humanos.



Luis Pegut, *Ritual del universo sagrado*.